

Yo habia oido hablar y aun habia visto en las Salinas del Real, que el agua del mar cuando se movia, tomaba una apariencia fosfórica; pero no creia que esto fuese de una manera tan remarkable como se presentaba en la bahía de San Blas; porque cuando los remos que se levantaban, para remar, chorreaban sobre la superficie del agua, esta parecia formar gotas de fuego azulado bastante intenso, como si callesen de un achon encendido de pez. Esto lo veia sorprendido, como era natural, lo mismo que debe suceder con las demas cosas que se me seguirán presentando en el curso de mi viage, como que es la primera ocasion que verifico uno semejante.

Va á comenzar á andar el buque porque ya levantan el ancla. Adios, hasta de aquí á algunos dias.

XXVII.

Mazatlan, Diciembre 22 de 1866.

QUERIDA MARIA.

Gracias á Dios que he llegado á este puerto y antes de hablar algo acerca de él, voy, querida María, á hacerte una pequeña reseña de lo que me sucedió y ví en la travesía.

Figúrate en primer lugar, que el bu-

que en que por primera vez hice mi aprendizaje marino, no fué de grandes proporciones, como te dije en mi anterior, sino al contrario, muy pequeño, era una balandra, la embarcacion de una vela.

Cuando aun caminaba por la bahía, el movimiento que llevaba, era suave, casi no se sentia; pero apénas comenzamos á entrar al mar y la marejada era más gruesa, el movimiento era ya más fuerte, más sensible, y se veian estrellar las olas contra los costados de la balandra.

Entónces, no puedo expresar el cúmulo de ideas que me vinieron á la mente: reflexioné que iba yo apénas sobre un armazon de débiles tablas, que un choque ó el menor impulso de una borrasca, podia sepultar en las ondas: sentia el golpe de estos, al fondo habia un aóismo, me hacia latir fuertemente el corazon y casi helármese la sangre.

Con terror recordaba historias de naufragios y mi imaginacion se abismaba en los mil episodios desastrosos y

terribles que han acompañado á estas catástrofes lamentables. Decia para mí: usí este buque tropesara en un banco de arena, se estrellase contra una roca ó alzándose un viento fuerte lo volcase en el mar, ¡qué horror! en un momento me veria anegado y poco despues daria el gran paso al otro mundo.

Al hacer estas reflexiones, extendia yo la vista por el espacio, el que apénas estaba iluminado por un levisimo crepúsculo, que más bien lo presentaba imponente y más terrible: las crestas de las olas se veian chispeantes y á distancia, semejaban chozas iluminadas en una oscura noche ó ruinas, donde algunos viajeros descansaban al derecho del fuego.

Al otro dia, á pesar del pequeño terror que me causaba verme en la embarcacion tan reducida, y muy en alta mar, gozaba, sin embargo, con el espectáculo que tenia á la vista y más cuando comencé á adquirir confianza y á familiarizarme con el peligro.

De allí á poco, comenzaron á dejarse

ver algunas ballenas colosales á lo léjos, que las más veces, eran solamente visibles por la cabeza ó por la cola y algunas, formaban, al sumergirse, un semicírculo, asomando gradualmente, primero la cabeza, despues el cuerpo y finalmente la cola que, al azotar sobre la superficie de las aguas, producía un trueno sordo, elevando en la circunferencia de la vértice que formaba el mónstruo, una bomba de agua de una altura considerable: eran tambien visibles por dos chorros de agua paralelos que lanzaban al respirar. Otras ocasiones se veían grandes peces, bogando al derredor de nuestra barca y de cuando en cuando, daban saltos, saliendo sobre la superficie de las aguas para volver á zambullirse de nuevo y continuar su marcha. Esto era muy divertido.

El segundo dia, en su mayor parte, lo pasamos muy bien, siempre gozando con el espectáculo de la inmensidad, de las ballenas que aparecían por diversos lados ó por peces de otro género que saltaban con frecuencia sobre las aguas;

mas á eso de las cuatro de la tarde, se alzó un viento algo fuerte y las olas comenzaron á engrosar y á tomar proporciones amenazantes. El cielo estaba poblado de nubes, que con la inclinacion del sol sobre el horizonte, recibían de él un color rojizo que se comunicaba á las aguas, dándoles la apariencia de fuego derretido. Este aspecto, á la vez que era siniestro, era tambien seductor, por las mil formas que las ondas tomaban, estrellándose contra la balandra y haciéndola oscilar terriblemente.

Cuando comenzó esta escena, el capitán dió sus órdenes para que las tres señoras que iban con nosotros, se encerrasen en el camarote subterráneo y se cerrasen herméticamente todos los huecos de la barca para que el agua que comenzaba á entrar, no penetrara. ¡Magníficos preliminares para un novicio!

Los pocos pasajeros que venían á bordo se demudaron al ver el peligro en que estábamos y más aún por ver los preparativos que se hacían como precursores de una catástrofe.

Carrillo iba demasiado pálido y creo que yo no iría ménos; pero procuraba yo manifestar sangre fría y, para animarlo, algunas veces le dirigia palabras en tono de chanza, que él acogia con sonrisa forzada.

Para disminuir un tanto el terror que me causaba la consideracion de una próxima muerte, que á la verdad creía inevitable, porque jamás me habia visto en semejante trance, procuraba distraerme, sacando un partido artístico de lo que se me presentaba á la vista y que alguna vez, gracias á este recurso, casi me ensimismaba en la imponente belleza de las mil formas que tomaban las olas con el color escarlata que les daba el sol, olvidando un poco el peligro.

El piloto que dirigia nuestra pequeña nave era portugués, y á la verdad muy hábil en cortar diestramente las olas que á veces venian de frente y parecían querernos tragar en un embate. Para esto iba siempre oblicuando la direccion de la barca, unas veces saliendo mar afuera y otras, aproximán-

dose á la costa; cuando verificaba lo primero, confieso que la impresion que experimentaba, era bien desagradable porque me parecia que alejándome de la costa, más difícil sería nuestra salvacion en caso de un naufragio y, al contrario, cuando nos dirigiamos á ella, se me abria el corazon á la esperanza; bien, que si hubieramos sozobrado, como aun cuando nos acercáramos á tierra esta distaba aun seis ú ocho leguas, siempre habriamos perecido. Pero ya se sabe que el hombre se alimenta de ilusiones, por más que esté persuadido de su irrealizacion y falsedad.

Despues que el sol se ocultó enteramente y que el cielo tomó un color plomizo, las olas cesaron de estar teñidas del iris de escarlata y tomaron la apariencia del hierro, que naturalmente les comunicaba un aspecto hórrido; pero afortunadamente á poco, comenzó á calmar el temporal y con esta calma renacieron nuestras esperanzas, rompiendo todos el silencio que nos habia impuesto el miedo.

Se abrió la puerta del camarote y se pensó en preparar la cena, que se había olvidado con el peligro; pero que á poco saboreábamos muy contentos.

Al otro día, que era el tercero de nuestro viage, hizo una mañana hermosísima y nos divertíamos en ver las muchas ballenas que aparecian á diversas distancias; dos de ellas pasaron muy cerca de nuestra barca, y un momento teminos, se acercasen demasiado à ella y la volcasen; pero pasaron de largo y á poco las vimos zabullirse en la inmensidad.

Casi á la misma hora del dia anterior, volvió á descomponerse el tiempo, y á renacer en nosotros los temores de la víspera; pero tuvimos la fortuna de que el viento no fuera tan tempestuoso, ni que se llegara al grado de repetirse los preparativos, que se hacen como preliminares en una borrasca.

A las doce de la noche, al viento que antes impulsara la embarcacion para diversos lados, sucedió una calma imperturbable, que á la verdad era màs

molesta que el mismo temporal á causa de las fuertes oscilaciones que imprimia sobre la barca que la balanceaba ya á un lado, ya á otro, causándonos mucha molestia.

A causa de esta calma, nosotros quedamos clavados en un punto y para nuestra desgracia, á pocas leguas de Mazatlan, imposibilitados de poder llegar à la mañana siguiente, como hubiera sucedido si hubiéramos tenido un poco de viento.

Mientras estábamos estacionados sobre las aguas, oia con frecuencia el ruido que las Toninas hacian al asomar sobre la superficie para respirar, semejante á un fuerte bufido de toro. En esto, acierto á inclinarme hácia el costado de la barca y quedé asombrado al descubrir infinidad de luces fosfóricas, de todas dimensiones, en la profundidad del mar: eran las Toninas que desde muy abajo se iban elevando y, por consiguiente, creciendo la aparicion de su irradiacion, hasta que saliendo encima y tomando aire, volvian otra vez a

fondo, quedando reducida su proporción á la de una luciérnaga.

Otras veces no eran esos peces, los que se veían; sino las Mantarrayas las que extendían su luz sobre la superficie del agua, como si tendieran una gran sábana, desapareciendo á poco. Si un accidente imprevisto le causare á uno una caída en el mar, estando cerca de alguno de estos vichos, en el momento se vería envuelto en sus pliegues y el vampiro acuático le extraería la última gota de su sangre.

De esta manera, en un naufragio, está uno expuesto en todos sentidos; porque si no perece ahogado, concluye sus tristes días en el estómago de alguno de los mil monstruos que pueblan el fondo de los mares.

Amaneció finalmente, y á poco comenzó á soplar el viento, que puso en marcha nuestro buque.

Las montañas de Mazatlan estaban á nuestra vista y, aunque parecían inmediatas, esto no impidió que hubieramos tenido que emplear una buena par-

te del día en llegar al puerto. En efecto, serían las dos de la tarde cuando avistamos la bahía y los grandes y pequeños buques, que estaban anclados en ella. Un poco despues, se comenzaron á ver los edificios de la ciudad y las riberas cubiertas de palmeras y otros árboles.

Llegamos frente al Creston, un elevado cerro, casi perpendicular, cuya falda está bañada por las olas; en el se han estrellado multitud de vapores, porque la entrada á la bahía forma grandes corrientes por esa parte; aun aquella no es muy segura por estar descubierta por el Norte y este inconveniente ha causado naufragios allí mismo; no hace cuatro años que se perdieron en una mañana siete buques en presencia de los vecinos de la ciudad sin poderlos socorrer; de manera que rara vez entran los grandes vapores á esa bahía ó cuando lo verifican y sobreviene algun temporal, procuran salirse fuera con anticipacion.

No te puedes imaginar el placer que

me causó volver á poner los piés en tierra despues de los sustos que habia pasado los dos dias anteriores.

Nos transbordamos en un bote con nuestros respectivos equipages y, ya desembarcados, nos dirigimos al hotel.

Cuando venia yo á bordo no sufrí trastorno alguno en el estómago; pero cuando salté á tierra y caminaba por la calle, se me iba la cabeza como si estuviera embarcado aún, y á veces daba traspíés de la misma manera que si me hubiera tomado una regular dosis de licor.

Tomé posesion de mi alojamiento y despues de hacer una comida, me dispuse á recorrer la ciudad; pero en la siguiente, cuando haya yo visto algo, te haré una pequeña reseña de ella.

Pásala bien, María.

## XXVIII

Mazatlan, Enero 15 de 1867.

MARIA QUERIDA.

Hoy es la víspera de embarcarme para San Francisco California y antes de verificarlo y alejarme del suelo mexicano, quiero darte cuenta de lo que he visto y me ha pasado en los veintitantos dias que llevo en esta poblacion, así como hacerte una pequeña reseña de ella.

Te diré, María, que Mazatlan me agrada sobremanera, porque estando la ciudad circunvalada de agua, excepto por la parte Oriental, que une al continente, tiene por lo mismo una vista deliciosa.

Al Poniente y Norte está bañado Mazatlan por el Océano Pacífico y al Sur por la bahía. Por la parte que la ciudad mira al mar, hacia al Oeste, queda el paseo que llaman de las "Olas altas" y está formado de un extenso terraplen, que corre á lo largo de la playa, teniendo á su espalda éste la hilera de edificios entremezclados de palmeras, que le dan una vista encantadora.

Por la tarde se reunen en este paseo las familias de la ciudad para ir á recibir el fresco, contemplar la puesta del Sol que parece que se sepulta en las aguas del Océano, circundado de una aureola de fuego y gozar de la perspectiva de las olas que van y vienen, estrellándose con estruendo en las rocas vecinas.

Del terraplen mencionado hacia la

parte Sur, se comunica el otro paseo, que da frente á la bahía, el que tambien es hermoso, porque, formando esta un medio punto, ornado de los edificios, el bosque de palmeras, los tamarindes y los plátanos con el conjunto de buques de vela, vapores y el muelle, le dan un aspecto pintoresco, y más si se agrega el bello edificio de la Aduana que está como coronado por el picacho fantástico del cerro de San Pedro que se halla detrás.

Desde la cima de este ó del Fuerte que está en el Creston se disfruta de la bellísima perspectiva del mar, de la ciudad y la bahía al mismo tiempo.

Mazatlan se extiende considerablemente sobre una superficie plana, de Este á Oriente y sus calles son generalmente rectas de un ancho proporcionado y bien empedradas.

Hay pocas iglesias y de pobre aspecto, que manifiestan lo poco devotos que son los mazaltecos, pues es sabido que, con pocas excepciones, los habitantes de los puertos de México son indiferen-



tes: sobre este particular hablé de Colima, que allí la gente del pueblo bajo es la única que oye misa y muy pocas personas de la clase alta. ¿Podemos creer por esto que los porteños son más ilustrados que los habitantes del interior por estar más en contacto con los extranjeros, que les transmiten sus costumbres, ó que el mayor movimiento comercial de la costa y la actividad en el trabajo, respecto del quietismo del interior, ahogan el sentimiento religioso? No lo sé; si creo yo que la ociosidad empuja á cometer algunas faltas y una de ellas es ese extremo ultramontano que llaman fanatismo, del que, más que los hombres, están expuestas las señoras, especialmente, las que carecen de familia, las solteras y demás personas que no tienen grandes ocupaciones. El hombre como es más ocupado, está menos propenso á tocar ese extremo; por este juzgo yo colectivamente á los moradores de nuestros puertos y supongo que del mismo modo se pueden juzgar los ingleses, franceses, ale-

manes y americanos, que siendo más activos que los demás y más ilustrados, se entregan á sus deberes religiosos, sin pasar los límites ni perder el tiempo miserablemente yendo á calentar los templos á todas horas, abandonando tal vez sus casas y lo más peor, la vigilancia de sus familias.

En fin, este asunto deben resolverlo los teólogos ó los filósofos; yo no soy más que borronador de tela y de impresiones: sigamos adelante.

Los edificios del centro de la ciudad de Mazatlan son bien construidos y de buena arquitectura: las calles aseadas y bien empedradas. La plaza principal es bastante grande y forma un cuadrilongo de Este á Oriente está flanqueada por algunos portales y grandes edificios, teniendo en su centro un cuadro circundado de asientos y naranjos donde en las noches de retreta pasea multitud de gente de todas clases.

La plaza del mercado es bonita y de mucha capacidad para el comercio, que se hace diariamente entre las cuatro y

siete de la mañana á la luz artificial de achones y petróleo, porque seria incómodo verificarlo en las horas del calor.

Carrillo y yo nos levantabamos á la primera hora mencionada para ir á dar un paseo á este mercado, que nos agradaba pictóricamente por el bello efecto de las sombras y las siluetas de los objetos, en contraposicion de las luces de los puestos y las tiendas, así como por un número no pequeño de bonitas muchachas que, al lado de las mamás y de la criada, iban sembrando miradas que se metian en el corazon de los paseantes; muchas de esas morenas de ojos de fuego, llevaban ya sus magnificas cabelleras sueltas que aun desprendian de sus rizos algunas gotas cristalinas como otros tantos brillantes ó chispas de fuego; era que iban ya bañadas y por eso tambien manifestaban su epidermis rozagante: Carrillo y tu amigo, como adoradores del arte, caminábamos á veces en pos de alguna de esas huries; pero no creas, María, que con otro objeto, sino con el de admirar

la naturaleza en aquella, de sus obras mas perfectas.

Otra de las secciones de esa naturaleza y que era la que verdaderamente nos hacia madrugar los más dias, era el número y la infinita variedad de pescados que se vendia allí y creo sin equivocarme, que en pocas partes será tan hermoso ni variado en sus clases, formas, colores y tamaños. En este mercado conocí peces que jamás habia visto y, en todo el tiempo que he permanecido aquí, diariamente he tomado de dos ó tres clases diferentes.

La fruta tambien es muy buena así como los vinos y demas artículos nacionales y extranjeros, que indudablemente se toman mejor que en el Interior, á causa de que en este puerto, se compran acabados de salir del buque.

Todos los días, á mañana y tarde, me iba yo á pasear por los diferentes puntos hermosos que tiene la ciudad, bien por la bahía para ver los buques que llegaban ó los botes cargados con los hostiones que importaban de San

Blas, superiores à los de aquí; bien por las olas altas para estender la vista por el espacio y recrearme en ese movimiento constante y grandioso de la reventazon, cuyas olas azotan furiosas contra los peñascos de la plaza ó los de la falda del San Pedro, elevando grandes cópos de espuma blanquísima al estrellarse. Subia tambien al Fuerte que está inmediato al Creston y casi enfrente; ó iba yo costeano por el extremo S. de las Olas altas, remontando la falda N. del San Pedro que desde aquí forma un tajo perpendicular sobre la superficie de las aguas; llegaba casi á la cola del cerro, de donde se domina el Pacífico y si bajaba la vista un poco, tenia una profundidad como de cincuenta méetros, y allí se miraban grandes peñascos derrumbados entre la ebullicion de los remolinos de las aguas que van á encontrar, un su retirada, á la grande ola que las arrastra, y juntas se estrellan en aquellas móles.

Una de las veces que íbamos por estos lugares Carrillo y yo, al subir á San

Pedro, nos encontramos con un hombre del pueblo, barquero, pescador ó que se yo; llevaba debajo del brazo una botella de catalan y, al vernos, se dirigió á nosotros y, aquí de Dios, que habíamos de tomar de aquel aguardiente; nosotros resistiamos; pero nuestro hombre, que no iba muy en su juicio porfió, y ya iba tomando un acento amenazante, cuando con una seña signifiqué á mi compañero, que debiamos tomar del catalan, antes que otra cosa sucediera: lo verificamos y el hombre se aquietó y marchó por su camino muy contento.

Este rasgo, María, te dará á conocer el carácter franco y liberal del pueblo de México, que tiene placer en que otros participen de lo que comen ó beben y que si rehusan aceptar, se creen ofendidos en su amor propio ó despreciados.

Como únicamente me detenía en Mazatlan la llegada del vapor de Panamá para seguir á California y llegó esta tarde, me dispongo á salir de esta ciu-

dad, en la que he permanecido veintidos días muy contento. A mi llegada á San Francisco te escribiré, noticiándote lo que me ocurra en el primer viaje largo que voy á hacer por mar.

Adios, amiga mía.

XXIX.

San Francisco California, Enero 31 de 1867.

QUERIDA MARIA.

Necesito echar una mirada retrospectiva á lo que me pasó en Mazatlan en los últimos momentos que permanecí allí, para que no quedes en duda de los más mínimos detalles de mi viaje.

Amaneció el 16 día en que debía hacerse á la vela el "Continental" á las